

CAPITULO VI.

*Historia de Don Gaston de Gogollos,
y de Doña Elena de Galisteo.*

Presto hará quatro años que salí de Madrid para Coria por ver á mi tia Doña Leonor de Laxarilla, viuda de las mas ricas de Castilla la Vieja, y que no tiene mas heredero que á mí. Apenas llegué á su casa quando el amor vino á turbar mi reposo. Me dió un aposento, cuyas ventanas estaban en frente de las celosias de una señora, á quien facilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que me encantó. Se lo manifesté inmediatamente con miradas tan vivas que no podia engañarse: ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen triunfo de semejante observacion, y todavía menos correspondió á mis miradas.

Quise saber el nombre de esta peligrosa persona, que tan prontamente turbaba los corazones. Supe que se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, y que poseía á algunas leguas de Coria un señorío de renta considerable: que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los

despreciba todos con el ánimo de casarla con Don Agustin de Oliguera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia la libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. Esto no me desanimó, antes bien me hizo mas enamorado, y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado quizá me excitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien intercesores á Felicia su criada, para implorar su socorro. Tambien la regalé; pero estas galanterias fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas fueron crueles é inaccesibles.

Viendo que reusaban responder al language de mis ojos, recurrí á otros intérpretes; puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la ciudad. Descubrieron que su mejor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con frecuencia. Alegre con este descubrimiento busqué á Teodora, á quien obligué con regalos á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció procurarme en su casa una conversacion secreta con su amiga, y al dia siguiente cumplió su promesa.

Ya acabó mi desgracia, dixé á Felicia, pues que mis penas han excitado tu piedad. ¿Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me des la satisfaccion de hablarte? Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad.

Ella

Ella me ha interesado por Vmd.; y si pudiera hacerle feliz, bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré ser de grande utilidad. No lisongeémos á Vmd.: su empresa es muy difícil. Vmd. ama á una señora cuyo corazon es de otro; ¡y que señora! Es tan disimulada y tan orgullosa que si Vmd. por su constancia y cuidado consigue merecerla algunos suspiros, no piense que su fiereza le dé el gusto de manifestárselo. ¡Ah! mi amada Felicia, exclamé con dolor, ¿para qué me manifiestas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me asesinan. Engañame y no me desesperes. Dicho esto tomé una de sus manos, y se la apreté entre las mías, poniéndola en el dedo un diamante de trescientos doblones, y diciéndola cosas tan tiernas que la hice llorar.

Tanto la conmovió mi discurso, y tan contenta quedó con mi generosidad que no quiso dexarme sin consuelo, y allanando un poco las dificultades me dixo: señor, lo que acabo de decir á Vmd. no debe quitarle toda la esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á la casa á ver con libertad á su prima. La habla quando quiere, y esto es lo que á Vmd. es mas favorable. La costumbre que tienen de estar juntos siempre, hace su trato un poco lánguido. Me parece que se separan sin pena, y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que están ya casados. En una palabra, no me parece

que mi ama tiene una pasion violenta á D. Agustín. Por otra parte hay mucha diferencia de las prendas personales de él á las de Vmd., cuya particularidad se debe observar mediando una señorita tan delicada como Doña Elena. No pierda Vmd. ánimo; continúe sus galanteos, yo no dexaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que Vmd. hace para agradarla, y por mas que disimule, yo descifraré sus sentimientos.

Despues de esta conversacion Felicia y yo nos separamos muy satisfechos el uno del otro. Yo me dispuse de nuevo á cortejar en secreto á la hija de Don Jorge; la dí una música, en la qual una bella voz cantó los versos que Vmd. ha oido. Despues del concierto, la criada, para sondear á su ama, la preguntó si se habia divertido. La voz, dixo Doña Elena, me ha gustado. ¿Y las palabras que ha cantado no son muy penetrantes? De eso es, dixo la señora, de lo que no he hecho caso alguno. Solo he atendido al canto, y absolutamente no he hecho aprecio de los versos, ni se me da nada no saber quién me ha dado esta música. Segun eso, exclamó la criada, el pobre Don Gaston de Cogollos está muy lejos de su aprecio, y es muy loco en pasar su tiempo mirando nuestras celosias. Puede ser que no sea él, dixo el ama friamente. Será algun otro caballero que con este concierto viene á declararme su pasion. Perdone Vmd., respondió Felicia,

es-

está muy engañada, es el mismo Don Gaston; porque esta mañana se ha acercado á mí en la calle, y me ha suplicado diga á Vmd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor, y que en fin se tendrá por el mas feliz de los hombres si le permitiera testificar su ternura con sus cuidados y galanterías. Este discurso, prosiguió, prueba muy bien que no me engaño.

La hija de Don Jorge mudó al instante de semblante, y mirando á su criada severamente la dixo: ¿cómo tienes atrevimiento para propasarte á contarme esta impertinente conversacion? Que no te suceda mas el venirme á hacer semejantes narrativas. Y si ese temerario se atreve todavía á hablarte, te mando le digas que se dirija á una persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia en sus ventanas observando lo que hago en mi aposento.

La segunda vez que vi á Felicia me contó fielmente todas las circunstancias de esta conversacion, y queriendo persuadirme á que mis asuntos iban en mejor estado, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pié de la letra. Por lo que á mi toca, que no esperaba firmeza, ni creía se pudiese explicar el texto en mi favor, desconfié de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta, y me dixo señor mio, escriba Vmd. prontamente á Doña Elena como un amante de-

sesperado. Píntela vivamente sus penas, y sobre todo quéxese de la prohibicion que le hace de que se asome á sus ventanas. Ofrezca Vmd. la obediencia; pero asegúrela que le costará la vida; pinte Vmd. esto como lo saben hacer los hombres, y yo me encargo de lo demás. Espero que las resultas no desmentirán mi penetracion.

Yo hubiera sido el primer amante que encontrando tan bella ocasion de escribir á su dama no la hubiera aprovechado: compuse una carta de las mas patéticas. Antes de cerrarla la mostré á Felicia, quien despues de haberla leído se sonrió, y me dixo, que si las mugeres sabian el arte de preocupar á los hombres, en recompensa no ignoran ellos el de cautivar las mugeres. La criada tomó el billete asegurándome que si no producía buen efecto no estaria la culpa en ella; despues me encargó tuviese cuidado de cerrar mis ventanas por algunos dias, y se volvió á casa de Don Jorge.

Señora, dixo á Doña Elena quando llegó, he encontrado á Don Gaston. Se ha acercado á mí, y me ha tenido algunos discursos lisonjeros; me ha preguntado temblando y como un reo que espera la sentencia, si habia hablado á Vmd. de su parte. Yo en cumplimiento de vuestras órdenes le he cortado áasperamente su palabra; me he desatado contra él; le he llenado de injurias, y le he dexado aturdido con mi insolencia. Me alegro, respondió Doña Elena, que

que me hayas desembarazado de este importuno; pero no era necesario hablarle brutalmente. Siempre es bueno que una doncella tenga dulzura: señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se despacha con palabras suaves, ni tampoco se consigue este fin siempre con furros y precipitaciones. Don Gaston, por exemplo, no se ha desanimado. Despues de haberle llenado de injurias, como he dicho á Vmd., fui á casa de la parienta de Vmd., á donde me enviaba. Esta señora, por mal de mis pecados, me ha detenido mucho tiempo. Digo mucho tiempo, porque á la vuelta me ha encontrado á mi hombre. Yo no esperaba verle mas, y su vista me ha turbado tanto que mi lengua siempre pronta no ha podido pronunciar una palabra. Pero y entretanto, ¿qué ha hecho él? Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi desorden me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y ha desaparecido en un momento.

Diciendo esto sacó del seno mi carta, la qual dió en tono de chanza á su ama; ésta la tomó como por divertirse, la leyó con cuidado, y despues hizo la reservada. En verdad, Felicia, dixo con un ayre serio á su criada, eres una aturdida, y una loca en haber recibido este billete. ¿Qué puede pensar de esto Don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das lugar con tu conducta á que desconfie de tu fidelidad, y á él la sospecha de que soy sensible á

su pasion. ¡Ay de mí! Puede ser crea él en este instante que leo y releo con gusto sus lineas. Vé aquí á que vergüenza expones mi soberbia. De ninguna manera, señora, la respondió la criada, él no puede tener ese pensamiento, y caso que lo tuviera le habia de durar poco. Le diré la primera vez que le vea que he mostrado á Vmd. su carta, y que la ha mirado con frialdad, y que en fin sin leerla la ha hecho pedazos con un frio desprecio. Librementes puedes asegurarle, dixo Doña Elena, que no la he leído; me seria de grande embarazo si tuviera que decirle solo dos palabras. La hija de Don Jorge no se contentó con hablar de esta suerte, sino que desgarró mi billete, y prohibió á su criada que la hablára mas de mí.

Como habia prometido no galantearla desde mis ventanas, pues que mi vista la desagradaba, las tuve cerradas por muchos dias para que mi obediencia fuera de mas aprecio; pero en defecto de las que se me habian vedado me preparé para dar nuevas músicas á mi cruel Elena. Habiendo una noche llevado músicos baxo su balcon, llegó un caballero con espada en mano, turbó el concierto dando golpes á un lado y á otro sobre los músicos, quienes inmediatamente se huyeron. El furor que animaba á este atrevido excitó el mio. Me arrojé á él para castigarle, y principiámos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por entre las celosias, y

ven dos hombres que pelean. Dan grandes gritos, hacen que se levante Don Jorge y sus criados; éstos se levantan inmediatamente, y acuden como muchos vecinos para separar los combatientes, pero llegaron muy tarde. Solo encontraron en el sitio un caballero, nadando en su sangre, y casi sin vida, y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tía, donde se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y particularmente Doña Elena, que entonces descubrió el fondo de su corazón. Su disimulo cedió al sentimiento; y ya, ¿lo creerá Vmd.? no era aquella señorita que tanto se preciaba de parecer insensible á mis cortejos. Era una tierna amante que se abandonaba sin reserva á su dolor: el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo Don Agustin, á quien creían autor de sus lágrimas, como en efecto él fue quien interrumpió la música tan desagradablemente. Era tan disimulado como su prima, y aunque habia conocido mis intenciones, nada dixo; é imaginando que ella correspondia, habia hecho esta accion tan vigorosa para mostrar que era menos sufrido que lo que se creía. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegría que le siguió. Aunque mi herida era peligrosa la habilidad de los cirujanos me sacó á la orilla. Todavía no salía yo, quando Doña Leonor mi tía

buscó á Don Jorge, y le propuso mi casamiento con Doña Elena. Consintió en ello tanto mas gustoso quanto que entonces miraba á Don Agustin como á un hombre á quien quizá no volvería á ver mas. El buen viejo pensaba que su hija podria tener repugnancia en casarse conmigo á causa de que el primo Oliguera habia tenido la libertad de verla mucho tiempo para hacerse amar; pero se manifestó tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aquí podemos concluir que en España como en todas partes los recién venidos son mas apreciables á las mugeres.

Luego que pude hablar á solas con Felicia supe hasta qué extremo habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi combate. De modo que no dudando ser el Páris de mi Elena, bendecia mi herida pues que habia tenido tan buenas consequencias para mi amor. Obtuve del señor Don Jorge permiso de hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Qué dulce fue esta conversacion para mí! Tanto supliqué y de tal manera precisé á la señora que me dixese si su padre violentaba su afecto concediéndomela, que me confesó que no la debia del todo á su obediencia. Despues de esta graciosa confesion no pensé mas que en agradarla é imaginar galanterías hasta el dia de las bodas que debian celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y las cercanías se preparaba para lucir.

Di una gran comida en una casa de recreo que tenia mi tia en las puertas de la Ciudad por el lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurren con todos sus parientes y amigos. Se habia preparado por mi orden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de comediantes de aldea para que representaran una comedia. En medio del festin me dixeran que un hombre queria hablarme de un negocio muy importante. Me levanté de la mesa, y fuí á ver quien era. Encontré un desconocido que me pareció un ayuda de cámara. Me presentó un billete, que contenia estas palabras: „ Si estimáis vuestro honor, como „ lo debe un Caballero de vuestra Orden, no de- „ xeis mañana por la mañana de ir á la llanura „ de Monroy. Allí encontrareis un hombre que „ quiere satisfaceros la ofensa que os ha hecho, „ y poneros, si puede, fuera de estado de ca- „ saros con Doña Elena.“ Don Agustin de Oli- guera.

Si el amor tiene mucho imperio sobre los Españoles, el honor tiene todavía mas. Este billete no le pude leer con corazon tranquilo. Al solo nombre de Don Agustin se encendió en mis venas un fuego que me hizo casi olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de escaparme de la compañía para ir á buscar inmediatamente á mi enemigo. No obstante me contuve, temiendo turbar la fiesta, y dixé al que me habia traído la carta: ami-

go

go mio, Vmd. puede decir al Caballero que le envia, que deseo infinito combatir con él, por cuyo motivo mañana antes de salir el sol estaré en el sitio que me cita.

Despues de haber despachado el mensagero con la respuesta, volví con mis convidados, y me senté á la mesa, en donde disimulé tanto, que ninguno sospechó lo que me pasaba. Lo restante del dia aparenté estar ocupado como los otros en la diversion de la fiesta, la qual dió fin á la media noche. La comitiva se separó, y cada qual entró en la Ciudad como habia salido. Yo me quedé con pretexto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otra cosa que por encontrarme mas pronto en el sitio de la cita. En lugar de acostarme esperé con impaciencia que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo al campo como paseándome. Caminé hácia Monroy, en cuya llanura descubrí un hombre á caballo que corria hácia mí á rienda suelta, yo corrí á él para ahorrarle la mitad del camino: bien presto nos encontramos, y ví que era mi rival. Caballero, me dixó con insolencia, con disgusto vengo á pelear segunda vez con Vmd.; pero la culpa es suya. Despues de la aventura de la música Vmd. debió renunciar voluntariamente á la hija de Don Jorge, ó saber que si Vmd. persistia en el designio de agradarla, nuestros debates no habian cesado. Vmd. se ha ensoberbecido, le respon- dí,